

DÍA DE LA CARIDAD

Pedro Calvo Hernan-
do en una tertulia ra-
diofónica matutina,
decía hace pocos días
que la prensa debe ser
crítica y nunca prodigar
alabanzas, contestando
a un conturbio que se
lamentaba del tono ne-
gativo de los medios
de comunicación, pero,
como soy de otra
época espero que el
Director me publique
esta loa que me sale
del corazón. Cuando
ejercí el periodismo
profesional usé más de
una vez el incienso por
compromisos sociales
pero este no es hoy el
caso.

Asistí a la Eucaristía,
con la que el Obispo y
casi todo el clero de la
Diócesis celebraron los
200 años que llevan
las Hijas de la Caridad
de San Vicente de Paúl
con los pobres de Es-
paña. Los fervorosos
cánticos de los fieles
que llenaban el templo
resonando bajo sus bó-
vedas me enternecie-
ron y recordé con in-
mensa gratitud lo
mucho que les debía a
aquellas sencillas mon-
jas que ocupaban la
primera fila. Sentí el
deber de expresarla y
nunca mejor que hoy,
víspera del Día de Ca-
ridad, ante el cual pue-
den servirnos de ejem-
plo de amor al prójimo
con su entrega a Dios
en el servicio a los po-
bres.

Toda la vida me he
sentido unido a estas
hermanas y de ellas
aprendí las primeras
lecciones de fraterni-
dad que uno siente no
haber practicado como
debiera. Mi primera
maestra fue Sor Eladia
en la clase Montessori,
para párvulos, del cole-
gio San José del cual
recuerdo también con
afecto a la superiora,
Sor Cándida y aunque
pronto abandoné sus
aulas para continuar la
enseñanza primaria en
otro buen colegio, el
Santo Tomás de Aquino,
fundado y dirigido
por don Mateo Fonti-
rroig al que había dado
algunas clases mi
abuelo Mateo cuando
estudiaba para maes-
tro, mientras cumplía el
servicio militar. Don
Mateo despertó una
admiración por su en-
trega al trabajo y amor
por la obra bien hecha,
en el muchacho que

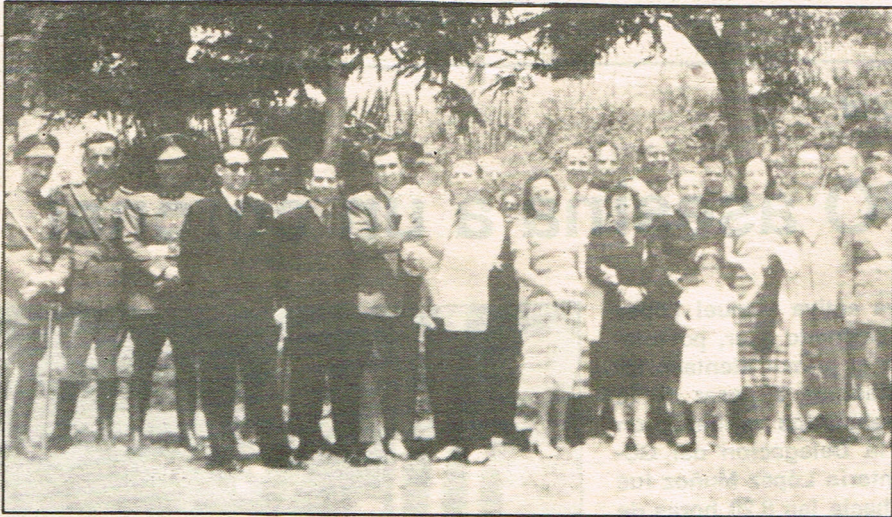
entonces era y que ha
perdurado hasta hoy.

Al expulsar las mon-
jas de su colegio en
1936, varias de ellas
se refugiaron en casa
de mi abuelo Miguel,
donde vivieron hasta
que pudieron marchar
a sus hogares familia-
res, lo cual no es extra-
ño porque la familia es-
taba muy unida a ellas
por vecindad y afecto,
hasta el extremo de
que mis tías Antonia y
Encarnación, siendo ya
mayores, trabajaban a
diario sus labores y
bordados en la clase
de Sor Josefa y mi
madre aún nos recuer-
da a diario a sus mon-
jas.

Los primeros días de
la Guerra Civil cuando
aún no habían detenido
a mi padre pero ya es-
taban presos casi
todos los sacerdotes,
vinieron a casa dos
hermanas del Hospital
Civil ya sin hábitos
para consultarle qué
debían responder a la
propuesta de la Comi-
sión Gestora que se
había hecho cargo del
Ayuntamiento para que
se quedasen. El conse-
jo de mi padre fue afir-
mativo, como ellas de-
cían, no podían aban-
donar a sus pobres y
sólo debían exigir re-
serva en sus habitacio-
nes privadas.

Integrado en el equi-
po del Doctor Pedro
Mir con motivo del de-
sembarco de Mallorca
trabajé con ellas en el
Hospital hasta que fui
incorporado al Ejército,
siendo testigo del cari-
ño y la confianza que
infundieron a todos. En
la postguerra volví a
encontrarme con las
monjas en el Hospital
Militar de la Isla del
Rey en el que por no
haber no había ni luz y
en el que las hermanas
suplían, como podían,
las deficiencias, a
veces en circunstan-
cias dramáticas como
el momento de la llega-
da de los naufragos ita-
lianos del «Roma» y
Sor Rosa igual hacía
una anestesia o ayu-
daba a una intervención
que, arremangada, la-
vaba los pies a un sol-
dado. Entonces practi-
cábamos la medicina
que hoy ejerce en las
misiones del Zaire la
doctora ciudadelana
Dorín Moll, excelente
cirujana que opera a

Gracias, Sor



Fiesta de la Patrona del Hospital Militar en los jardines de la Isla del Rey.

diario en un hospital
con los escasos me-
dios materiales y hu-
manos del país, según
ella misma me contó.

Y qué no decir de las
Hermanas de la Casa
de la Misericordia, hoy
Casa de la Infancia
que me acogieron
algún expósito recién
nacido y lo criaron con
más cariño que una
madre biológica.

Pasaron los años y
acabé de director de
un Hospital Municipal
en el que las monjas
hacían de enfermeras
auxiliares, cocinera, ad-
ministrativa, asistente,
lavandera y suplían
con entrega e ilusión la
precariedad de medios
y hasta las deficiencias
de su director. Todos
tenemos una deuda de
gratitud para con estas
religiosas, pero en
modo particular los mé-
dicos de mi época,
para los cuales han
sido su mano derecha,
como tan bien describe
Axel Munthe en «La
historia de San Miche-
le». Reliquia de enton-
ces es la veterana Sor
Filomena que vino a
Menorca destinada al
Lazareto cuando aún
funcionaba dicha insti-
tución.

Jubilado ya, he vuel-
to a tropezar con otra
hermana en Cáritas,
Sor Enriqueta, prototipo
de la mujer fuerte del
Evangelio que trabaja
de asistente social en
el Ayuntamiento, por-
que las Hijas de la Ca-
ridad de San Vicente
de Paúl quieren estar
con los pobres como
les encomendó su fun-
dador e ir a buscarlos
donde los haya.

Vivimos o por lo
menos tendemos al es-
tado de bienestar.



En el jardín del Hospital Civil, durante el verano de 1936, el Dr. Andreu que sustituyó al Dr. Mir en la Dirección, Mateo Seguí Mercadal y las enfermeras Srta. Lladó y Da. Josefina Taltavull, hoy centenaria.

Nuestra comunidad
tiene el nivel de renta
per cápita más alto de
España y alcanza ya el
nivel medio europeo.
Hay más ricos que
nunca, muchos de ellos
a base de operaciones
de rápido beneficio. El
derroche se ha genera-
lizado en pos del apa-
rentar y del placer. La
prosperidad económica
es evidente y los mu-
chos malos augurios
circunstanciales no han
repercutido aún en la
vida social. Impera la
competitividad que ge-
niera crecimiento eco-
nómico pero también
conduce al egoísmo y
a una sociedad mate-
rialista y deshumaniza-
da.

Los beneficios de
este desarrollo no al-
canzan a todos, queda
una minoría marginada.
Los pobres son mu-
chos menos que antes,

pero su situación es
más difícil por la dis-
tancia que les separa
de los ricos.

Las diversas admi-
nistraciones van crean-
do servicios sociales
para atender las nece-
sidades de distintos
grupos: enfermos, ma-
yores, desempleados,
minusválidos, drogadi-
tos, niños abandonados,
etcétera, pero quedan
muchos marginados por
la burocracia oficial ya
que ni la más perfecta
legislación puede pre-
ver todas las circuns-
tancias de la cambiante
vida. Cáritas está cerca
de éstos y tiene las
puertas abiertas a
todos. Al que se en-
cuentra sin techo o
tiene hambre, al que se
halla de paso o ve frus-
trados sus planes, al
que la desgracia se le
ha caído encima o per-

dió la cabeza deslum-
brado por el mundo, al
que no ha encontrado
lo que buscaba, al que
se le ha deshecho la
familia, al indocumenta-
do, al que la sociedad
rechaza.

Desde hace casi 50
años Cáritas les ayuda,
informa y orienta, pero
además intenta desper-
tar la conciencia ciuda-
dana a fin de superar
el individualismo, edu-
car en la solidaridad y
despertar un espíritu
comunitario comprome-
tido con la justicia y la
caridad que libere y
promocione a los nece-
sitados.

Para cumplir sus
fines necesita además
de voluntarios, medios
económicos que pro-
vienen primordialmente
de la recaudación vo-
luntaria obtenida de las
colectas de las iglesias
y de los donativos a los
buzones de Cáritas el
Día de Caridad que se
celebrará mañana do-
mingo y fiesta del Cor-
pus Christi, en toda
Menorca, como en el
resto de España.

La generosidad de-
mostrada por los me-
norquines en otras
campañas en favor de
un tercer mundo tan
necesitado debería ser
superada para atender
aquí y ahora a las ne-
cesidades de los mar-
ginados entre los que
Cáritas no establece di-
ferencia alguna de
raza, religión, situación
u origen ya que se ha
comprometido, en la
conferencia internacio-
nal reunida en Estras-
burgo el pasado mes
de marzo, a ayudar a
refugiados y extranje-
ros.

Las Hijas de la Cari-
dad dan para los po-
bres el producto de
todo su trabajo durante
toda su vida. ¿Qué de-
bemos dar los demás
para cumplir el precep-
to evangélico «tuve
hambre y me disteis de
comer, tuve sed y me
disteis de beber, fui ex-
tranjero y me recogis-
teis, estuve desnudo y
me vestisteis, enfermo
y me visitasteis, estuve
en la cárcel y fuisteis a
verme»? Que cada uno
examine sus cuentas.

Mateo Seguí Mercadal